

Fernando Atria, Guillermo Larraín, José Miguel Benavente, Javier Couso, Alfredo Joignant, *El Otro Modelo. Del orden neoliberal al régimen de lo público.* Santiago de Chile, Random House Mondadori, 2013.

He vivido varios años en Chile siendo española. Y este libro me ha servido para darme cuenta de que cierto malestar que sentía respecto a la vida que yo llevaba en Chile no era del todo infundado. A medida que iba asentándome en la vida chilena, me extrañaba enormemente que nadie cuestionara políticas o prácticas empresariales que para mí suponían una auténtica aberración y una violación de la justicia más elemental. A nadie parecía molestarle que una mujer en edad fértil tuviera que pagar mucho más dinero por su previsión de salud médico que un hombre. O que los padres de un bebé con neumonía tuvieran que decidir si el médico le hacía una placa de tórax o no en función del dinero que pudieran desembolsar. A ningún amigo o conocido le extrañaba que el hecho de tener dinero pudiera determinar de modo tan tajante tu salud o educación. Y lo más raro de todo: el problema de estas diferencias tan grandes no era el hecho de que Chile no tuviera recursos, sino que para conseguir lo que en España tienes por derecho, debías hacer enriquecer a otros. Pero aún había algo más chocante todavía: a nadie parecía importarles; es más, hasta les parecía un excelente modelo de sociedad.

Para mí era el mundo al revés: mi lógica me decía que un país que crece económicamente, aprovecha para profundizar de los derechos y hacer más accesibles las prestaciones sociales a todos los ciudadanos. Es, en suma, lo que cualquier europeo entendía como “desarrollo”. En cambio en Chile, su crecimiento económico –exponencial en los últimos años– no se correspondía con la mejora de la educación pública o de la sanidad. Su idea de desarrollo era que cuanto más dinero consigues, mejores médicos podrás pagarte. Si, al mismo tiempo, la mayoría de la sociedad no tiene garantizados los servicios más básicos por carecer de dinero, era problema suyo. Y ante mi requerimiento de que el crecimiento económico redundara en beneficio de toda la sociedad y no solo en los de los afortunados (entre los cuales me encontraba), la contestación era que no había que cargar al tejido empresarial con más impuestos, o con propuestas de mejora de condiciones salariales, porque entonces se llevaría la empresa a otro país con mano de obra más barata o menos carga fiscal.

El neoliberalismo como ADN. Cinco conocidos intelectuales chilenos escribieron una crítica serena, templada y profunda a la lógica neoliberal implantada en el disco duro de la sociedad chilena. “El Otro Modelo” es un conjunto de denuncias razonadas, reflexiones y propuestas que revelan cómo Chile se ha convertido, sobre todo desde la década de los 80, en un agujero donde el concepto neoliberal de libertad e individuo ha “abducido” todos los aspectos de la vida chilena, desde el político hasta el social, pasando incluso por las relaciones sociales. Como ellos mismos señalan con acierto, el neoliberalismo “ha penetra-

do profundamente en nuestra autocomprensión, al punto que ha devenido en sentido común.”

“El Otro Modelo” desmenuza y echa tierra a la teoría neoliberal asentada en el sentir político y económico de Chile. A través de su noción de régimen de lo público, los autores critican las ideas liberales (hechas carne en Chile) sobre la política económica, la política social, la subsidiariedad, el Estado, los impuestos, la redistribución, la sociedad civil, etc.

El libro se estructura en cuatro partes. En cada una de ellas desgrana cómo la lógica de mercado o el “modelo” chileno se ha apropiado de los distintos elementos que configuran una sociedad y las instituciones políticas. Así, los autores demuestran cómo la lógica neoliberal basada en el individualismo versus ciudadanía se ha adueñado de la discusión política: al igual que en el mercado, no existe discusión acerca de un interés común sino negociaciones autointeresadas (yo cedo para que tú cedas).

En toda negociación comercial el fin del agente es maximizar sus ganancias, por lo que el “otro” es un instrumento para conseguir dicho fin. Del mismo modo, una deliberación política que descansa sobre la lógica de mercado se basará en una pura negociación de partes que buscan conseguir lo que para ellos será un beneficio político. Si bien se disfrazará como interés común, lo que en realidad está en juego es la concurrencia de dos intereses particulares.

En definitiva, para los autores, en Chile se ha “privatizado” la discusión política, y se ha olvidado que su razón de ser descansa en la existencia de una comunidad política, con intereses comunes y responsabilidad recíproca (bien común). En otras palabras, el neoliberalismo ha secuestrado el concepto republicano de ciudadanía, entendido como comunidad de intereses y responsabilidad mutua, y lo ha sustituido por el de gente (conjunto de individuos), con intereses individuales y sin compromisos más allá que los propios.

Así es como en la primera parte del libro demuestra que en Chile ha desaparecido el “interés general” en el debate político y se ha instaurado una suerte de relación comercial en la que todo se negocia: los derechos sociales, los impuestos, etc. Todo se convierte en instrumento intercambiable o negociable con el fin de conseguir un rédito mayor. La ideología, dicen los autores, se ha mercantilizado; se ha privatizado.

Los autores usan como ejemplo de la lógica de mercado aplicada a la política la recaudación de impuestos: si no existen más que intereses individuales, cuando el Estado redistribuye recursos a través de los impuestos, desde la óptica liberal lo que en realidad está haciendo es tomar recursos de unos y dárselos a otros; fomentar intereses de unos en desmedro de los intereses de otros. Al no haber un interés común (por ejemplo, la igualdad en el acceso a la educación), la recaudación de impuestos o la redistribución serán considerados siempre una forma de opresión. Algo parecido pasaría con una decisión de aumentar el

salario mínimo, o expandir servicios de salud pública: si a mí no me beneficia e incluso me perjudica (tengo que pagar más impuestos), no me conviene.

Es interesante cómo el libro demuestra que esta ausencia de interés general o búsqueda del bien común en la discusión política es propia, no solo de la ideología neoliberal, sino también de una ideología de izquierda postmoderna: ésta hace tuyas las reivindicaciones de una mayoría (mujeres, raza, orientación sexual, religión o discapacidad) que no tiene que ser necesariamente el interés general.

De este modo, la institucionalidad chilena adolece de un círculo vicioso: como las relaciones mercantiles persiguen beneficios individuales (aunque vestidos de comunes), no existen puntos de encuentro, y por tanto no generan una auténtica comunidad. No favorecen la aparición de intereses comunes.

La segunda parte del libro: “El secuestro de la política por la lógica de mercado”, intenta demostrar cómo, desde una óptica neoliberal, la institucionalidad chilena ha sido diseñada para neutralizar la acción y representación política: el sistema electoral binominal, que favorece las segundas mayorías, un presidencialismo exagerado y una enorme exigencia de quorum para modificar ciertas leyes hace que la acción política o su representación estén limitadas. Ello ha provocado, entre otras cosas, una suerte de malestar que se manifiesta en la aparición de movimientos sociales ajenos a los partidos y desconfiados de éstos. De ahí que los autores del libro aboguen por una reforma constitucional que elimine las limitaciones a la representatividad, de modo que pueda surgir auténtica acción política dentro de la institucionalidad.

Esta “devaluación de la ciudadanía” y la búsqueda del interés general aboca, según los autores, a una desconfianza enfermiza en la acción del Estado. Desde una óptica liberal se entiende que éste, cuanto menos actúe, mayor será la libertad de un pueblo. Por lo tanto, sus funciones de provisión de derechos sociales y fomento de la igualdad han de ser asumidas por agentes privados (que, como tales, buscarán a la vez su propio beneficio). Este es el tema de la tercera parte del libro, a mi juicio la más interesante: El “modelo” o la lógica neoliberal no sólo ha privatizado la política, sino también los derechos sociales, hasta convertirlos en problemas privados.

Soluciones privadas a problemas públicos: la provisión de derechos sociales. Según lo ya descrito, a través de soluciones de mercado es imposible proveer prestaciones de derechos sociales, porque aquéllas siempre buscan un interés y son indiferentes a la responsabilidad recíproca. Sin embargo, el libro elabora una teoría acerca de cómo las funciones públicas sí pueden ser asumidos por agentes privados, y de hecho sería beneficioso, ya que el mercado es un buen distribuidor de recursos. El libro defiende que a la hora de proveer derechos sociales, lo importante no es el tipo de “agente” (público o privado), sino el régimen en el que lo haga (el “régimen de lo público”). Y ese régimen comporta al menos tres condiciones necesarias: primera, que solo persiga el interés

público (por lo tanto que no tenga ánimo de lucro); segunda, que no se excluya a nadie ni se niegue a dispensar ese bien en función de criterios propios (no discriminar); y tercera, que excluya la negociación caso a caso (por ejemplo, que un proveedor de servicios de salud no cobre más a unos que a otros en función de su estado).

Un empresario puede asumir la provisión de un derecho social como la educación o la salud, siempre que no actúe como si estuviera en el mercado (él como proveedor de un bien de consumo; el ciudadano como cliente), sino persiguiendo el interés general. Si actuara con la lógica comercial, prestaría el servicio con el fin de conseguir algo, y no porque ese "cliente" tuviera derecho a ese bien.

En otras palabras, para que un privado pueda hacerse cargo de proveer un bien público, ha de tratar con ciudadanos y no con clientes; actuar, en suma, como Estado. El concepto de bien público comporta la no rivalidad y la no exclusión, por lo que imposibilita actuar con criterios del mercado. A través de soluciones de mercado es imposible proveer prestaciones de derechos sociales, porque éstas siempre buscan un interés, y son indiferentes a la responsabilidad recíproca.

"Nuestra pregunta hoy no puede restringirse a pensar un sistema que, poniendo los incentivos adecuados, entregue prestaciones eficientemente. La pregunta es cómo es un sistema bajo el cual aprendemos sobre ciudadanía y donde nuestros intereses son comunes". El sistema de mercado aplicado a la provisión de derechos incentiva lo contrario: que lo que debe preocupar es mi pensión, mi salud, mi educación... No hay intereses comunes. De este modo (afirma el libro) este sistema no favorece el aprendizaje de lo político hacia la ciudadanía e intereses comunes (a mí me conviene que a los demás les vaya bien). En cambio, un sistema estructurado en el régimen de lo público sí que crea intereses comunes.

En resumen, la tesis del libro podría reducirse a la siguiente afirmación: "soluciones privadas para problemas públicos" no, pero sí "soluciones públicas llevadas a cabo por privados para problemas públicos".

Hay una tesis en el libro con la que no estamos del todo de acuerdo. Según los autores, los derechos sociales no son dados por la naturaleza, sino contruidos históricamente y desarrollados en el tiempo, ya que dependerá del grado de desarrollo económico y político de un país, y de la demanda de los ciudadanos de una comunidad política. En nuestra opinión, esta afirmación se contradice con la idea (que los mismos autores repiten a lo largo del libro), de la universalidad de los derechos y la igualdad. Si un país no ha alcanzado un nivel de desarrollo suficiente, ¿significa eso que sus ciudadanos no tienen los mismos derechos sociales que cualquier otro? Es cierto que dependerá de factores económicos el proveer esos derechos en determinado territorio, pero eso no significa que no los tengan. Si fuera así, un habitante de un país subdesarrolla-

do que emigre a otro desarrollado no tendría derecho a las prestaciones sociales de las que gozan los habitantes de aquel país. En mi opinión, por tanto, debe existir, al menos, un mínimo común irrenunciable de derechos sociales, lo recoja o no la Constitución de un territorio. Creemos que los derechos sociales no pueden depender de la demanda, porque significaría que sociedades menos desarrolladas o más “conformistas” tendrían derecho a menos derechos sociales.

El hecho de que los autores identifiquen la demanda como criterio de asignación de derechos, se están contradiciendo respecto a las condiciones que deben respetar el régimen de lo público y adoptando una lógica de mercado: se trataría de negociar “caso a caso” los derechos sociales, o está negando su universalidad.

La última parte del libro analiza y propone un nuevo modelo económico para Chile a partir de los conceptos desarrollados de ciudadanía y régimen de lo público. Proponen superar las aprensiones neoliberales a generar un sistema económico que favorezca el desarrollo social y sostenible, demostrando su factibilidad sin estancar el crecimiento.

Todos somos neoliberales. Como conclusión, podemos decir que el libro, a pesar de ser muy repetitivo en sus ideas y conceptos, no tiene una página de más. Demuestra que es necesario repetir hasta la saciedad que sí hay otro modelo; que la lógica de mercado ha impregnado nuestras vidas hasta tal punto que nos ha hecho incapaces de atisbar lo que encierra la palabra ciudadano o republicanism. Es cierto que el libro destila una preferencia indudable por la Concertación de Partidos por la Democracia, conjunto de partidos de centro izquierda que hoy gobierna Chile, a quien disculpa todo. A veces pareciera que los únicos depositarios del interés general en Chile fueran estos partidos, y que la culpa de que, aun gobernando, no puedan cambiar las cosas, es de una ideología de derecha que un día se hizo poderosa y ya nadie ni nada la pudo nunca derrocar. Si bien la institucionalidad no favorece grandes cambios políticos, es cierto que mucho se podría haber hecho ya y no se ha hecho. Y la razón, en mi opinión, no es la limitación institucional, sino el hecho mismo de que tanto el gobierno de centro izquierda como los autores del libro son en esencia –e inconscientemente, por supuesto– neoliberales. De otro modo no se explica su renuencia a utilizar “bien común” en vez de “interés general”, o su propuesta de que los funcionarios públicos actúen conforme a éste por miedo a la transparencia.

En cualquier caso, este libro es de lectura obligada no solo para cualquier chileno, sino toda persona que, sin saberlo (como yo), vive en un mundo donde la lógica del mercado constituye el sentido común sin que se sea consciente de ello.

Belén Moncada